

Secularización y Presencias de Dios

Según el Documento de Puebla

Enrique Cambón, Pbro.
Avellaneda, Argentina

1. Secularización

Reiteradamente se está poniendo de relieve a través de cursos, conferencias, escritos, el enfoque que Puebla ha propuesto respecto a varios problemas actuales: la evangelización global de la cultura; la evangelización de la religiosidad del pueblo latinoamericano, la liberación, etc.

Sin embargo no se ha estudiado con la misma profundidad e interés cuanto los Obispos latinoamericanos dicen sobre la *secularización*, que todo hace suponer será en un futuro no lejano —en este Continente que dentro de pocos años contendrá la mitad de la población católica del mundo— uno de los problemas más serios que deberá afrontar la Iglesia.

Es cierto que en América Latina existen características propias que la evangelización deberá tener en cuenta sin dejarse influir artificialmente por problemáticas provenientes de distintos contextos. Pero no podemos engañarnos: el mundo se encuentra cada vez más unificado, y el tipo de sociedad que produce en otras latitudes el fenómeno del secularismo y el ateísmo, está penetrando aceleradamente también en América Latina.

¿Qué dice al respecto Puebla? ¿Cuál es la realidad actual de la secularización en América Latina según el Documento? ¿Cuáles son sus causas y sus efectos? ¿Es aprovechable la experiencia de otros pueblos? ¿América Latina tiene algo original que aportar? En esta primera parte del trabajo queremos rastrear qué dice el documento poblano sobre estos interrogantes.

1. *Secularismo*

Antes que nada una precisión en el lenguaje, hoy universalmente adoptado y que Puebla hace suyo: hay diferencia entre secularización (que contiene aspectos positivos y legítimos) y secularismo que es la cara negativa del fenómeno.

"La *secularización* que reivindica una legítima autonomía al quehacer terreno y puede contribuir a purificar las imágenes de Dios y de la Religión, ha degenerado con frecuencia en la pérdida de valor religioso o en un *secularismo* que da las espaldas a Dios y le niega la presencia en la vida pública" (83).

Y esa realidad va dándose no sólo entre personas alejadas del cristianismo, sino existen incluso cristianos

"que en una perspectiva secularizada, consideran a Dios lejano, como si hubiera entregado la completa responsabilidad de la historia a los hom-

bres, quienes, por lo mismo, intentan angustiada y frenéticamente empujarla hacia adelante" (275).

Más adelante el Documento analiza más detenidamente las características típicas de este fenómeno:

"En su esencia, el secularismo separa y opone al hombre con respecto a Dios; concibe la construcción de la historia como responsabilidad exclusiva del hombre, considerado en su mera immanencia. Se trata de una concepción del mundo según la cual este último se explica por sí mismo, sin que sea necesario recurrir a Dios: Dios resultaría, pues, superfluo y hasta un obstáculo. Dicho secularismo, para reconocer el poder del hombre, acaba por sobrepasar a Dios e incluso por renegar de Él. Nuevas formas de ateísmo —un ateísmo antropocéntrico, no ya abstracto y metafísico sino práctico y militante— parecen desprenderse de él. En unión con este secularismo ateo se nos propone todos los días, bajo las formas más distintas, una civilización de consumo, el hedonismo erigido en valor supremo, una voluntad de poder y de dominio, de discriminaciones de todo género: constituyen otras tantas inclinaciones inhumanas de este humanismo" (EN 55). La Iglesia, pues, en su tarea de evangelizar y suscitar la fe en Dios, Padre Providente y en Jesucristo, activamente presente en la historia humana, experimenta un enfrentamiento radical con este movimiento secularista" (435-6).

2. *Causas*

Las causas del secularismo, enunciadas por el Documento, son múltiples. Una de ellas es

"el impacto del advenimiento de la civilización urbano-industrial, dominada por lo físico-matemático y por la mentalidad de eficiencia" (415).

Además del crecimiento de las ciudades con sus típicas características deshumanizantes, y del proceso de industrialización, es necesario tener en cuenta el avance de la ciencia y la técnica con su influencia indiscutible sobre el hombre actual:

"La vida urbana y el cambio industrial ponen al descubierto problemas hasta ahora no conocidos. En su seno se trastornan los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad, la organización del trabajo. Se trastornan, por lo mismo, las condiciones de vida del hombre religioso, de los fieles y de la comunidad cristiana. Las anteriores características constituyen rasgos del llamado 'proceso de secularización', ligado evidentemente a la emergencia de la ciencia y de la técnica y a la urbanización creciente" (431).

Otra causa la encuentran los Obispos a nivel netamente ideológico:

"el liberalismo, y el colectivismo marxista. En ambas ideologías anida la tendencia no sólo a una legítima y deseable secularización sino también al 'secularismo'" (418).

El hecho es que nos encontramos "en una situación de cambio socio-cultural, caracterizada por la secularización de la cultura" (1014), y este secularismo va pasando como "por ósmosis", casi inadvertidamente, a las masas, sobre todo a través de los medios de comunicación social (cfr. 456).

3. Efectos

Como decía Juan Pablo II hablando en Roma al Congreso Internacional sobre "Evangelización y ateísmo", el secularismo y el ateísmo "se han convertido hoy en fenómeno de masas que embiste a las Iglesias", y éste es "el drama espiritual de nuestro tiempo" (*L'Oss. Rom.* 5.4.81, pág. 9). Constituye sin duda un desafío para los cristianos, también en América Latina:

"La secularización de la cultura y los progresos de la tecnología y de los estudios antropológicos y sociales ponen una serie de interrogantes sobre el hombre, sobre Dios y sobre el mundo. Esto produce confrontaciones entre ciencia y fe, entre la técnica y el hombre, especialmente para los creyentes" (1052).

Veamos algunos de los efectos que está produciendo actualmente esa confrontación:

a) *Efectos negativos*: Ciertamente en Latinoamérica se va produciendo rápida e inexorablemente, un "influjo negativo del medio progresivamente secularista, consumista, erotizado" sobre los creyentes" (851). Existe un claro "divorcio entre fe y vida agudizado por el secularismo y por un sistema que antepone el tener más al ser más" (783).

Sería una ingenuidad o un engaño, además de un error histórico que se pagaría caro, si la Iglesia latinoamericana no advirtiera lo que tan claramente señalan los Obispos en Puebla:

"Desde hace cinco siglos estamos evangelizando en América Latina. Hoy vivimos en un momento grande y difícil de Evangelización. Es verdad que la fe de nuestros pueblos se expresa con evidencia, pero comprobamos que no siempre ha llegado a su madurez y que está amenazada por la presión secularista" (342).

El secularismo constituye "una amenaza a la fe y a la misma cultura de nuestros pueblos latinoamericanos" (436).

b) *Efectos positivos*: Dado que "todo sirve para el bien para los que aman a Dios" (Rom 8, 28), y que en último término, es la Providencia de Dios que conduce la historia, el secularismo trae aparejados también efectos purificadores y estimulantes:

1. *Exige una mayor "coherencia entre fe y vida"* (1126) de parte de los cristianos. Será necesaria siempre más una experiencia profunda del Evangelio, porque un cristianismo sociológico, formal o superficial (prevalentemente cultural y legalista), será inaceptable para el hombre de nuestro tiempo e incapaz de resistir los embates del secularismo.

"La no creencia constituye una interpelación y un reto a la fidelidad y autenticidad de los creyentes y de la Iglesia" (1117).

2. *Purifica la fe de los creyentes*: K. Rahner dice con razón que la "consternación por el silencio de Dios" y por la "ausencia de Dios en el mundo" de tantos de nuestros contemporáneos, "que cree tener que interpretarse teóricamente a sí misma como ateísmo", en realidad "no es más que la experiencia de que Dios no pertenece a la imagen del mundo", y la tarea que corresponde a los cristianos es aceptar esa experiencia,

comprenderla, asumirla, sin pretender "reprimirla con la apologética precipitada y barata de una 'fe en Dios' antropomorfa". En el fondo la historia impulsa a los cristianos a purificar su vida, sus ideas y expresiones. Así lo advierten también los Obispos en Puebla quienes reconocen que la "no creencia" generalmente se debe a una concepción inexacta e insuficiente de Dios, es decir, a

"deformaciones de la idea de Dios y de la religión, interpretadas como alienantes" (1106).

"La Iglesia tiene la misión de dar testimonio del verdadero y del único Señor. Por lo cual no puede verse como un atropello la evangelización que invita a abandonar falsas concepciones de Dios" (405-6).

3. *Exige un compromiso mayor de los cristianos, y más capacidad de diálogo:*

"la nueva civilización que se va formando por el influjo del mundo técnico-científico con tendencia fuertemente secularista, pide un empeño más evangélico de los cristianos y una actitud de diálogo permanente" (1300).

"Es menester que la Iglesia, dialogante, se aproxime a los no creyentes con el mayor respeto de su libertad personal y procurando comprender sus motivaciones y razones" (1117).

4. *Desafío a la creatividad cristiana:*

"Es falso que el paso de la civilización urbano-industrial acarrea necesariamente la abolición de la religión. Sin embargo, constituye un evidente desafío, al condicionar con nuevas formas y estructuras de vida, la conciencia religiosa y la vida cristiana" (432).

"La Iglesia se encuentra así ante el desafío de renovar su evangelización, de modo que puede ayudar a los fieles a vivir su vida cristiana en el cuadro de los nuevos condicionamientos que la sociedad urbano-industrial crea para la vida de santidad; para la oración y la contemplación; para las relaciones entre los hombres, que se tornan anónimas y arraigadas en lo meramente funcional; para una nueva vivencia del trabajo, de la producción y del consumo" (433).

"El Espíritu ha suscitado en nuestro tiempo este nuevo modo de vida consagrada que representan los Institutos Seculares, para ayudar de alguna manera, a través de ellos, a resolver la tensión entre apertura real a los valores del mundo moderno (auténtica secularidad cristiana) y plena y profunda entrega de corazón a Dios (espíritu de la consagración). Al situarse en pleno foco del Conflicto, dichos Institutos pueden significar un valioso aporte pastoral para el futuro y ayudar a *abrir caminos nuevos de general validez* para el pueblo de Dios" (775).

2. *Presencias de Dios*

Si dejamos de lado la mala voluntad debida a las pasiones y debilidad humanas, la negación de Dios puede producirse fundamentalmente por dos motivos: por deficiencia intelectual, o por una experiencia insuficiente de la realidad divina.

A lo primero responderá una mejor exposición de la verdad en un estilo y lenguaje accesibles al hombre de hoy.

A lo segundo sólo será posible responder ofreciendo una vivencia, un testimonio auténtico de la realidad de Dios, de su presencia real en nosotros y en la historia. De hecho frente a la afirmación de la ausencia de Dios, ¿qué mejor "prueba" que señalar su *presencia* en medio de los hombres?

¿Cuáles son los "lugares", las "surgentes", donde los hombres podemos experimentar y testimoniar al mundo los efectos de la presencia de Dios?

El Documento de Puebla contiene esparcidas valiosas indicaciones al respecto. Exponemos esos textos ordenadamente, primero los referidos a la presencia de Dios en la historia, luego en la Iglesia.

a) *Presencia de Dios en la historia.* Respecto a este tema, Puebla asume una posición clara, sanamente optimista y esperanzadora: Dios *actúa* y está efectivamente presente en la historia de los hombres. Asume aquello que incansablemente se repitió alrededor de Medellín: no existe una "historia sagrada" paralela a la historia de la humanidad. Existe una continuidad entre lo que Dios impulsa y recoge en la historia humana y a través de quienes elige para llevar adelante sus designios sobre la humanidad. No hay "rotura" entre lo que Dios va construyendo en la historia "fuera" de Cristo y la novedad y restauración que comienza con Cristo. Función de los cristianos es descubrir y discernir esa acción de Dios, para no obstaculizarla y secundarla.

El "Mensaje a los pueblos" que dirigieron los Obispos al terminar su reunión en Puebla afirmaba: "Dios está presente, vivo, por Jesucristo liberador, en el corazón de América Latina". Eso mismo repite el Documento poblano en todas las tonalidades:

"Jesucristo vivo, presente y actuante en su Iglesia y en la historia" (177).

"El espíritu que llenó el orbe de la tierra abarcó también lo que había de bueno en las culturas precolombianas; El sigue hoy suscitando anhelos de salvación liberadora en nuestros pueblos. Se hace, por tanto, necesario descubrir su presencia auténtica en la Historia del Continente" (201).

"La acción del Espíritu Santo llega aún a aquellos que no conocen a Jesucristo, pues 'el Señor quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad' (I Tim. 2,4)" (208).

"Jesucristo, Salvador de los hombres, difunde su Espíritu sobre todos sin acepción de personas" (205).

"El mensaje de Jesús tiene su centro en la proclamación del Reino que en El mismo se hace presente y viene. Este Reino, sin ser una realidad desligable de la Iglesia (LG 8), trasciende sus límites visibles (cfr. LG 5). Porque se da en cierto modo donde quiera que Dios esté reinando mediante su gracia y amor, venciendo el pecado y ayudando a los hombres a crecer hacia la gran comunión que les ofrece en Cristo" (226).

b) *Presencias de Dios en la Iglesia:* Si Dios *actúa* en toda la humanidad, su presencia es privilegiada en la Iglesia, que es modelo y principio de la humanidad redimida y renovada por Cristo.

Si Cristo fue la manifestación plena y definitiva del amor de Dios por los hombres, la Iglesia no es otra cosa que la presencia de Cristo

continuada y multiplicada entre los hombres. "Resucitando, Jesús no 'se va' sino se hace presente en manera nueva y más plena. No 'se ausenta' sino adquiere una cercanía más profunda y completamente distinta del tipo de presencia limitada y exterior que, como hombre, tenía en su vida terrena" (G. Rossé). A tal punto que "la Parusía no puede ser considerada como la vuelta de un ausente: Jesús resucitado está desde ahora totalmente presente en el mundo; la Parusía revelará tal presencia, hará visible la relación nueva con el mundo que Jesús adquirió en la resurrección" (id.).

Dentro de esa presencia de Cristo que constituye la Iglesia, hay una multiformidad de presencias en los distintos aspectos de su vida. "Cristo está siempre presente en la historia, en la predicación de fe y doctrina de la Iglesia, en su liturgia y sus sacramentos y toda su vida" (W. Kasper).

Veamos qué dice Puebla sobre este tema decisivo para la existencia cristiana: los múltiples modos de presencia de Cristo *a través de su Iglesia*.

1. *La Iglesia hace manifiesta la presencia de Dios que ya actúa en la historia:*

Así como "Israel había encontrado a Dios en medio de su historia" (276), así también la Iglesia "da testimonio evangélico de Dios presente en la historia" (1284).

La Iglesia tiene como suya la "tarea de evangelizar y suscitar la fe en Dios, Padre Providente y en Jesucristo, activamente presente en la historia humana" (436).

"La Iglesia busca que las culturas sean renovadas, elevadas y perfeccionadas por la presencia activa del Resucitado —centro de la historia— y de su Espíritu" (407).

En la Iglesia debe manifestarse en plenitud aquello que Dios ya ha comenzado en la historia de la humanidad. Dado que Jesús "es el signo eficaz de la nueva presencia de Dios en la Historia" (191), en la Iglesia "se manifiesta de modo visible, lo que Dios está llevando a cabo, silenciosamente, en el mundo entero" (227).

Bien entendida —es decir, recordando que la Iglesia es a la vez "santa y siempre necesitada de purificación"—, es cierta la expresión de L. Maldonado: "La Iglesia es la comunidad de quienes pueden confesar explícitamente lo que son, lo que los otros luchan por ser, esperan ser o desesperan ser".

"La Iglesia de hoy no es todavía lo que está llamada a ser. Es importante tenerlo en cuenta, para evitar una falsa visión triunfalista. Por otro lado, no debe enfatizarse tanto lo que le falta, pues en ella ya está presente y operando de modo eficaz en este mundo la fuerza que obrará el Reino definitivo" (231).

2. *La Iglesia, plenitud de la presencia de Dios entre los hombres.*

A Dios no se lo puede experimentar en sí mismo. Para ver a Dios es necesario morir, y entrar así en otro orden de existencia que nos haga "capaces" de una experiencia plena de El. Ahora Dios se manifiesta a través de lo creado, de lo sensible. En esta vida nos movemos necesariamente a través de una "ley de encarnación", de una "economía sacramental". Dios "necesita" mediaciones sensibles para manifestarse a nosotros.

"El hombre es un ser sacramental; a nivel religioso expresa sus relaciones con Dios en un conjunto de signos y símbolos; Dios, igualmente, los utiliza cuando se comunica con los hombres. Toda la creación es, en cierto modo, sacramento de Dios porque nos lo revela (cfr. Rom. 1,19). Cristo 'es imagen de Dios invisible' (Col. 1,15). Como tal, es el sacramento primordial y radical del Padre: 'el que me ha visto a mí, ha visto al Padre' (Jn. 14, 9). La Iglesia es a su vez, sacramento de Cristo (cfr. LG 1) para comunicar a los hombres la vida nueva. Los siete sacramentos de la Iglesia, concreta y actualizada para las distintas situaciones de la vida, esta realidad sacramental. Por eso no basta recibirlos en forma pasiva, sino vitalmente insertados en la comunión eclesial. Por los sacramentos Cristo continúa, mediante la acción de la Iglesia, encontrándose con los hombres y salvándolos" (920-923).

La Iglesia es "Cristo continuado en el tiempo" (P. Foresi), "Jesucristo vuelto comunión" (D. Bonhoeffer).

"Cristo (...) continúa evangelizando visiblemente a través de la Iglesia" (220). Por eso "la Iglesia es inseparable de Cristo" (222) y "El "señala a la Iglesia como camino normativo" (223), "Ella prolonga en la tierra, *fiel a la ley de la encarnación visible*, la presencia y acción evangelizadora de Cristo" (224).

La Iglesia es "el Pueblo de Dios, inhabitado por el Espíritu (...) su Templo vivo, morada de su presencia entre los hombres" (250). "En esto consiste el 'misterio' de la Iglesia: es una realidad humana, formada por hombres limitados y pobres, pero penetrada por la insondable presencia y fuerza del Dios Trino que en ella resplandece, convoca y salva" (230).

3. Distintas "presencias" de Dios en la Iglesia.

Demos ahora el último paso, mostrando qué dicen los Obispos latinoamericanos de ésa que hemos llamado multiplicidad de formas de presencia o manifestación de Dios; dentro de la gran presencia que es la Iglesia.

Dentro de esa "actualidad" de Dios que constituye la Iglesia con toda su vida, pueden distinguirse como diversos "niveles" o modos de presencia de Dios. Así las enumera Puebla apretadamente:

"Jesucristo, exaltado, no se ha apartado de nosotros; vive en medio de su Iglesia, principalmente en la Sagrada Eucaristía y en la proclamación de su Palabra; está presente entre los que se reúnen en su Nombre (cfr. Mt 18,20) y en la persona de sus pastores enviados (cfr. Mt 10, 40; 28, 19 ss.) y ha querido identificarse con ternura especial con los más débiles y pobres (cfr. Mt 25, 40)" (196).

Resulta interesante desglosar qué dice Puebla sobre cada una de estas presencias, más en detalle, a través de todo el Documento.

a) *Presencia en todo hombre, especialmente en los pobres!* La dignidad, la grandeza de cada hombre, se basa para los cristianos en que ven en él:

* la imagen de Dios (40, 184, 169, 306, 331, 475, etc.)

* un hijo de Dios por lo cual todos somos hermanos (240-1, 330, 332, 352, 490, 516, 583, 682, 1142, 1304, etc.)

* Cristo presente en cada hombre, especialmente en los pobres de todo tipo:

El Hijo de Dios, al hacerse hombre, "se identificó con los hombres haciéndose uno de ellos" (1141).

"Cada hombre vale tanto como otro: "Todos Uds. son uno en Cristo Jesús" (Gal 3,28)" (516).

El servicio a los pobres "exige una conversión y purificación constantes, en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con Cristo pobre" (1140).

"Jesucristo viviente en su Iglesia, sobre todo entre los más pobres" (330).

El cristiano debe ponderar cuál es "la forma de volcar con amor su solicitud hacia los pobres, los enfermos, los desposeídos, los desamparados, los agobiados y cómo, descubriendo en ellos la imagen de Jesús 'pobre y paciente', se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo" (489).

"Las obras de servicio a los demás, (son el) criterio y medida con que Cristo ha de juzgar, incluso a quienes no lo hayan conocido (cfr. Mt 25)" (339).

"Jesucristo está presente en vuestras Iglesias, en vuestras familias, en vuestros corazones" (Juan Pablo II, Allocución obreros Monterrey, 8) (1153).

El Señor "declaró que en último término se identificará con los desheredados —enfermos, encarcelados, hambrientos, solitarios— a quienes se haya tendido la mano" (Mt 25,31 ss.) (1254).

"La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufriendos de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela" (31).

e) *En los pastores de la Iglesia:*

"La Jerarquía (...) es instrumento del Espíritu y de la gracia" (206).

"Los Doce presididos por Pedro, fueron escogidos por Jesús para participar de esa misteriosa relación suya con la Iglesia. Fueron constituidos y consagrados por El como sacramentos vivos de su presencia, para hacer lo visiblemente Cabeza y Pastor, en medio de su Pueblo" (258).

"El deber de obediencia del Pueblo de Dios frente a los Pastores que le conducen, se funda, antes que en consideraciones jurídicas, en el respeto creyente a la presencia sacramental del Señor en ellos" (259).

"...obedientes a la voz del Señor, hecha presente por la palabra del Santo Padre" (569).

"...respeto filial a los pastores como representantes de Dios" (454).

"El Ministerio Jerárquico, (es) signo sacramental de Cristo" (659).

"El Obispo (...) es signo visible y eficaz del mismo Cristo" (686).

Cristo constituye al sacerdote ministerial "en alguien que actúa en su Nombre, al servicio de la Comunidad" (661).

"Los Presbíteros (...) hacen presente a Cristo-Cabeza en medio de la comunidad (cfr. PO 2)" (690).

c) *En la Eucaristía:*

"Igualmente aseguran y construyen la unidad de la Iglesia los sacramentos. La Eucaristía la significan en su realidad más profunda, pues con

gregan el Pueblo de Dios, como Familia que participa de una sola mesa, donde la vida de Cristo, sacrificialmente entregada, se hace la única vida de todos. La Eucaristía nos orienta de modo inmediato a la jerarquía sin la cual es imposible. Porque fue a los apóstoles a quienes dió el Señor el mandato de hacerla 'en memoria mia' (Lc. 22, 19.) (246-7)

"Por los sacramentos Cristo continúa, mediante la acción de la Iglesia, encontrándose con los hombres y salvándolos. La celebración Eucarística, centro de la sacramentalidad de la Iglesia y la más plena presencia de Cristo en la humanidad, es centro y culmen de toda la vida sacramental (cfr. SC 10)". (923).

d) *Dentro de nosotros*: Siguiendo las afirmaciones del Nuevo Testamento de que cada uno de nosotros somos "templos de Dios" (1 Cor 3, 16; 2 Cor 6, 16), de que el Espíritu habita en nosotros (Rom 8, 11; 1 Cor 6, 19), de que Dios "hace su morada" en nosotros (Jn 14, 23; 1 Jn 4, 12), Puebla condena el homicidio, la tortura, la prostitución, la pornografía, el adulterio, el aborto y cualquier abuso de la sexualidad, porque "todo lo que atenta contra la dignidad del cuerpo del hombre, llamado a ser templo de Dios, implica profanación y sacrilegio y entristece al Espíritu" (cfr. Ef 4, 30) (252).

e) *En la Palabra*: "La Palabra de Dios contenida en la Biblia..." (372); todas las veces en que utiliza Palabra *de Dios* para referirse a la Sagrada Escritura, Puebla está afirmando lo que la Iglesia ha visto siempre en los Libros Sagrados: "La Iglesia siempre ha venerado las divinas Escrituras tal como ha hecho con el Cuerpo mismo de Cristo: y no dejó nunca de alimentarse —sobre todo en la Sagrada Liturgia— tanto de la palabra de Dios como del cuerpo de Cristo" (Concilio Vaticano II, *Dei Verbum* n. 21).

f) *En medio nuestro*:

"El Espíritu de Jesús Resucitado habita en su Iglesia" (1294).

"Cristo, nuestra esperanza, está en medio de nosotros" (166).

"La pareja santificada por el sacramento del matrimonio es un testimonio de presencia pascual del Señor" (583).

El testimonio "sea un 'signo' que conduzca al deseo de conocer la Buena Nueva y atestigüe la presencia del Señor entre nosotros" (971).

"En la unión entre nosotros se hace presente el Señor Jesús resucitado que celebra su Pascua en América Latina" (564).

"Necesitamos ser una comunidad que viva la comunión de la Trinidad y sea signo y presencia de Cristo" (1301).

3. Consecuencias para la Praxis Eclesial

De todo lo expuesto pueden sacarse abundantes consecuencias concretas para la vida eclesial. Veamos algunas.

1. Interpretación Cristiana de la Historia

Si Dios actúa en toda la historia, es lógico lo que tanto se ha repetido en estos últimos años: la necesidad de aprender a interpretar los signos del paso de Dios en los acontecimientos de los hombres.

Se dice que santo es aquel que sabe distinguir la voz de Dios de las voces de la debilidad histórica del hombre, sea dentro de sí mismo como en los demás y en los acontecimientos históricos. Es cierto que los tres niveles (distinguir la voz de Dios dentro de nosotros, ayudar a los demás a hacer otro tanto dentro de sí mismos, y descubrir los designios de Dios en la historia) no es cosa fácil: se necesita experiencia y conocimiento de la realidad, una gran medida en el vivir la Palabra de Dios y especialmente la caridad, un discernimiento comunitario hecho por personas expertas en la vivencia de la comunión.

Sin embargo es algo a lo cual todos los cristianos debemos tender si queremos ser fieles y estar a la altura de lo que nos piden los tiempos.

Entre otras cosas una tal actitud nos ayudará a evitar dos peligros:

* sea la superficialidad de tomar como "palabra de Dios" o "movimiento del Espíritu" cualquier experiencia de los hombres.

* como el miedo que se nota en tantos cristianos frente a realidades nuevas que se les presentan y que no saben manejar o comprender a fondo. G. Casoli hacía notar recientemente que hay que distinguir entre "la crisis de la verdad y la verdad de la crisis"; es cierto que hoy tantos valores parecen haber entrado en crisis profunda, pero los cristianos y sobre todo quienes tienen funciones de responsabilidad y conducción en la Iglesia, no deben atemorizarse y ponerse en una actitud sólo defensiva, señalando lo que no va, sino deben sobre todo tratar de captar *qué exigencias positivas* hay detrás de esos acontecimientos, de esa puesta en crisis de valores, de las experiencias actuales de la humanidad (si esto vale a todo nivel, sirve en manera especial con la juventud, que con razón ha sido llamada "palabra del mañana"). A veces hay que saber captar incluso intuitivamente, porque los hombres no sabrán siempre expresarnos conceptualmente aquello que sienten; pero no siempre cuando cuestionan o realizan nuevas experiencias éstas provienen de la estupidez y la maldad humana. Dios ha hecho a la humanidad de una cierta manera, con un cierto plan, tendiente hacia una cierta meta. Si los cristianos no vivimos según ese plan, tarde o temprano —dado cómo está hecho el corazón humano— esas realidades aparecerán por algún lado en la humanidad. Hay que saber captarlas, discernirlas, señalar lo negativo pero *promover lo justo y positivo*. No mantenerse sólo en una posición negativa o de defensa, sino captar qué exigencias auténticas hay detrás de experiencias a veces radicalizadas o equivocadas (o expresiones poco amables o poco felices), para abrir horizontes de esperanza y proponer alternativas y respuestas con la sabiduría y el amor que provienen de Dios. No basta decir "por aquí no va"; es necesario también tratar de decir "lo que Uds. sienten se debe a tal o cual exigencia positiva", y más aún, "a eso hay que agregarle tal otro aspecto", o "encontraría respuesta plena en tal otra realidad". El cristiano no sólo "denuncia dónde opera el misterio de iniquidad", sino también "anuncia dónde se manifiesta la presencia de su Espíritu" (ver Puebla n. 267). Esto vale, por supuesto, no sólo para la realidad "exterior" a la Iglesia, sino también ante quienes se "desvían" o presentan novedades *en la misma Iglesia*.

"El Espíritu del Señor impulsa al Pueblo de Dios en la historia a discernir los signos de los tiempos y a descubrir en los más profundos anhe-

los y problemas de los seres humanos, el plan de Dios sobre la vocación del hombre en la construcción de la Sociedad" (1128).

De hecho la Iglesia, en la medida que es fiel a su misión. "discierne las voces del Señor en la historia. Anuncia dónde se manifiesta la presencia de su Espíritu" (267).

La evangelización consiste en "la fidelidad a los signos de la presencia y de la acción del Espíritu en los pueblos y en las culturas que sean expresión de las legítimas aspiraciones de los hombres" (379).

Y los Obispos reunidos en Puebla dicen concretamente de su tarea: "Intentamos interpretar el paso del Señor por América Latina" (268).

2. *Diálogo*

Es cierto que los cristianos poseen, en las enseñanzas de Cristo, la plenitud de la verdad. Pero saben que descubrirán plenamente las implicancias de esas enseñanzas, en diálogo con la parte de verdad que pueda existir en todo hombre. Y que deben construir esa verdad en unión con todos los hombres de buena voluntad:

"Tal acción de Dios se da también en el corazón de hombres que viven fuera del ámbito perceptible de la Iglesia" (226).

"Al luchar por la dignidad, estamos unidos también a otros hombres lúcidos que, con esfuerzo sincero por liberarse de engaños y apasionamientos, siguen la luz del espíritu que el Creador les ha dado" (319).

3. *Espiritualidad*

Esa presencia de Dios en la historia y en los demás "lugares" o "fuentes" de su presencia en la Iglesia, hará que especialmente los laicos superen sea un cierto complejo de inferioridad (suelen decir a los consagrados: "dichosos de Uds. que pueden dedicar toda su vida a las cosas de Dios..."), como si *toda* la acción que los laicos realizan en medio del mundo no fuera "por Dios" y "lugar" de encuentro con Dios), sea una cierta dicotomía o esquizofrenia (como si hubiera "momentos religiosos" en la vida: aquellos dedicados a actos de culto, y "momentos profanos": los que se dedican a todas las demás actividades). Si se adquiriera la mentalidad de pasar por la vida encontrándonos con Dios en *todas* sus presencias, esto unificaría nuestra vida, nos permitiría una unión profunda con Dios haciéndonos "contemplativos en medio del mundo" y permitiendo que *todas* nuestras acciones nos permitieran decir "no soy yo que vivo, es Cristo que vive en mí" (Gal 2, 20).

"Que el laico no huya de las realidades temporales para buscar a Dios sino perseverare, presente y activo, en medio de ellas y allí encuentren al Señor". (797).

4. *Predicación y Testimonio*

Es cada vez más frecuente escuchar de parte de pastores y laicos comprometidos (especialmente en las grandes ciudades y en los estratos más intelectuales): "¿cómo llevar a Dios a un mundo siempre más insensible e impermeable a la fe?".

Captar esta realidad de las presencias de Dios nos permitiría anunciar y testimoniar la experiencia no sólo del Dios "que está en los cielos", sino también del Dios "cercano", el Viviente entre nosotros, el perenne Emmanuel, Aquél que es "más íntimo a nosotros que nosotros mismos" (S. Agustín), que *se manifiesta* entre nosotros siempre que se lo permitimos...

"Es dramático; pero el problema del ateísmo depende de nosotros; puede resolverse si los cristianos somos capaces de 'articularnos' entre nosotros de manera tal que nuestro estar juntos muestre, haga visible, al Dios Amor en el cual creemos" (G. Zanghí).

5. *Catequesis*

En esa presencia de Dios en todo aquello de bueno que se construye en la historia de los hombres, se encuentra el fundamento de la catequesis "inductiva" o "de la situación", de la cual tanto se ha hablado en la Iglesia latinoamericana desde Medellín en adelante.

En realidad lo único importante en la catequesis es entregar la Palabra de Dios y ayudar a *vivirla*, a encarnarla en la propia vida. Respecto a esto los métodos pueden ser múltiples y resultan secundarios. Pero fundamentalmente se dan dos métodos: 1) proponer aspectos del Evangelio, de las enseñanzas de Jesús, para ser vividos en todas las circunstancias de la vida; o bien 2) partir de las situaciones concretas, de la experiencia humana, para interpretarla e iluminarla a la luz de la Palabra de Dios, tomando nuevas opciones para vivir esa Palabra. Es a esa última línea metodológica que se refiere Puebla cuando dice:

"La catequesis debe iluminar con la Palabra de Dios las situaciones humanas y los acontecimientos de la vida para hacer descubrir en ellos la presencia o la ausencia de Dios" (997).

4. **Perspectivas Teológicas**

Se abren enormes caminos y posibilidades para la teología en este campo; veamos algunas a título simplemente indicativo:

1. *Relaciones Recíprocas*

Dado que se trata de una misma presencia de Cristo, o mejor dicho de una multiformidad de presencias del mismo Señor, la experiencia demuestra que existen relaciones inscindibles entre ellas. Están finalizadas las unas a las otras, dependen recíprocamente. El crecimiento en la experiencia de una de ellas conduce o supone el crecimiento de las demás. Veamos algunas de esas relaciones basadas no en acrobacias dialécticas o juegos de palabras sino en la experiencia que va haciendo el Pueblo de Dios. No se trata de un elenco ordenado ni completo, pero resulta claramente significativo:

a) Recibir a Cristo *en la Eucaristía* renueva nuestras fuerzas para vivir aquellas virtudes que permiten un crecimiento de la presencia del Señor *dentro de nosotros*.

b) La presencia de Cristo *en medio* de hermanos hondamente unidos por la caridad, hace "más fácil" la fe en la presencia de Cristo *en la Eucaristía*.

c) La vida en contacto con Cristo *en la Eucaristía, en la Palabra y en medio nuestro*, afina nuestra sensibilidad para discernir la voz de Dios de las demás voces que provienen del "hombre viejo", del "hombre carnal", ya sea *dentro de nosotros* como *en los demás y en los acontecimientos*.

d) Si hay una plenitud de Dios *dentro nuestro*, encontramos sintonía con Dios *en cada hermano* y tenemos más necesidad de responder a sus problemas y exigencias.

e) Si "crece" Dios *dentro de nosotros* nos permite experimentarlo en forma más plena presente *en medio nuestro*, y a su vez su presencia entre nosotros lo hace "crecer" *en cada uno*.

f) La *Jerarquía* tiene el "carisma de la verdad" (*Dei Verbum* n. 8) para ayudarnos a interpretar y comprender la *Palabra de Dios*.

g) La *Jerarquía* "hace" la *Eucaristía*, y la *Eucaristía* "hace" el *Cuerpo Místico*.

h) La intimidad con Dios *dentro de nosotros* en el silencio, en la oración, le da al cristiano nuevas fuerzas para encontrarlo *en cada prójimo* y transmitir su *Palabra*. "Sólo puede ser profeta en la medida en que haya hecho la experiencia del Dios vivo. Sólo esta experiencia lo hará portador de una Palabra poderosa para transformar la vida personal y social de los hombres de acuerdo con el designio del Padre" (Puebla n. 693).

i) Cristo presente *en medio nuestro* nos ilumina sobre el sentido de la *Palabra de Dios* y de lo que Dios nos dice a través de la *Jerarquía*.

j) Si desprecio a Cristo *en el hermano*, será inútil ir a recibirlo en la *Eucaristía*; y esto a su vez nos hace crecer en la *comunión* con los hermanos.

k) Vivir la *Palabra de Dios* nos "hace más Jesús" (lo hace crecer *en nosotros*) y somos más "transparentes" de Dios.

l) Si se vive la *Palabra de Dios*, especialmente la caridad, ésta nos hace uno, le permite manifestarse más plenamente a su *presencia entre nosotros*.

m) Recibiendo adecuadamente la *Eucaristía* encontramos fuerzas para reconocerlo, amarlo y servirlo *en cada hermano*.

n) Cuanto más se vive el *Evangelio*, más se siente la necesidad de los *Sacramentos*: "la vida sacramental, hacia la cual lleva la Palabra" (Puebla n. 662).

o) Si amamos a Cristo *en cada persona*, crece nuestra *unión con Dios* ("cosa extraña —extraña para la inteligencia humana— hemos estado con los hermanos todo el día y, por la noche, hemos encontrado al Señor, que ha disipado toda huella y todo recuerdo de criatura". C. Lubich, *Meditaciones*, p. 147).

2. Diferencias

Cuando se habla de las múltiples formas de la única presencia *real* de Cristo presente entre nosotros, quiere expresarse que todas las presencias son reales, verdaderas, objetivas. Sin embargo el Magisterio y la teología han hecho notar que existen “diferencias”, matices distintos entre ellas:

a) De la Eucaristía se dice que es una presencia “real” por antonomasia. No por exclusión, sino porque es “sustancial”, porque contiene “verdadera, real y sustancialmente el cuerpo, sangre, alma y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo”. En ella se hace presente Cristo Dios y hombre: “esto es mi cuerpo”, “esta es mi sangre”. Típico es el famoso texto de la *Mysterium Fidei*: “bajo dichas especies ya no existe lo que había antes, sino una cosa completamente diversa (...). Bajo ellas Cristo todo entero está presente en su ‘realidad’ física, aún corporalmente, aunque no del mismo modo como los cuerpos están en un lugar”.

b) En cambio de los Ministros se dice que Cristo bautiza *a través* de ellos, que Cristo habla *a través* de ellos. “Los Obispos —decía el Conc. Vaticano II— hacen *las veces* del mismo Cristo” (*Lumen Gentium* 21), a lo cual hace eco Puebla: “El Obispo... es signo visible y eficaz del mismo Cristo, *de quien hace las veces*” (686).

c) El Evangelio es Palabra *de* Dios *a través* de una expresión humana; en medio nuestro Cristo está presente espiritualmente, como “abar-cándonos” en El; dentro de nosotros: estamos “inhabitados” por la presencia trinitaria pero seguimos siendo plenamente nosotros mismos; etc.

Como hace notar A. Gimeno, la presencia de Cristo en la humanidad y en la Iglesia es harto compleja, ya que Dios establece diferentes relaciones personales con nosotros y con Dios Padre; baste recordar la cita de San Agustín: “le oramos como a Dios, intercede por nosotros como sacerdote que nos representa, reza por nosotros como cabeza nuestra”.

Un aspecto ciertamente fecundo para penetrar en la comprensión de esta realidad resultan las distintas intensidades o formas de presencias recíprocas entre los hombres; a través del recuerdo, un símbolo, afectivamente (“les dejo mi corazón”), espiritualmente (“ruego por ustedes”, “estoy con ustedes”, “los tengo presentes”, etc.), a través de un intermediario, personalmente... y aún en este caso hay numerosísimas posibilidades: escuchar distraídamente (presencia sólo física), escuchar “con empatía”, es decir identificándose profundamente con el otro y poniéndose en su lugar; a veces se puede estar presente con una mirada, un silencio, una sonrisa, una palabra (de consuelo, de aliento, de corrección...), con un gesto, etc. La variedad de posibilidades de presencia interpersonal en la existencia humana, puede ayudar a intuir y profundizar al mismo tiempo la variedad, la complejidad y la riqueza de las presencias de Dios entre los hombres.

3. Condiciones y Efectos

Se relata que un científico preguntó en una reunión de colegas suyos: “¿dónde está Dios?”; los sabios, sorprendidos, salieron del paso con la respuesta que recordaban de memoria desde el catecismo: “está en el cielo, en la tierra y en todo lugar”. “No —contestó aquél— está allí donde lo dejan entrar”.

Es el misterio y la grandeza indecible del Amor de Dios: El da siempre el primer paso, toma la iniciativa, se ofrece a nosotros incondicionalmente, pero al mismo tiempo respeta nuestra libertad, "no puede" entrar en nuestra vida si nosotros no lo dejamos. Su venida requiere una conversión, una opción, una elección de nuestra parte. Por eso Dios "reina en la humildad", porque no hay lugar para Dios donde existe egoísmo y soberbia. Sólo la anulación de nuestro yo, de nuestros deseos y cálculos humanos y mezquinos, deja el espacio para que Dios actúe. Toda la aventura de nuestra vida, más allá de los hechos y circunstancias aparentes, en el fondo no es otra cosa que un gran combate entre el Amor de Dios y nuestro egoísmo. El problema fundamental del hombre consiste, lo sepa o no, en permitir que lo divino penetre en lo humano perfeccionándolo; y esto Dios sólo puede hacerlo donde encuentra hombres que lo dejen vivir en sí y entre ellos.

Dios quiere entrar en este mundo y transformarlo. Pero necesita que le dejemos hacerlo. *Cada presencia de Cristo en la Iglesia tiene su origen en la caridad.* Son necesarias *condiciones* para que Dios pueda actuar. Esto es bien sabido en el pueblo cristiano, por ejemplo, respecto a la Eucaristía. La realidad de Cristo se da allí objetivamente, pero "quien come indignamente el Cuerpo del Señor se come su propia condenación" (1 Cor 11, 27); según cómo uno se acerca a comulgar, según su coherencia y fidelidad al Evangelio, Dios podrá actuar o no en su vida. También se tiene conciencia de la necesidad de la caridad y las demás virtudes que de ella derivan para que pueda darse la presencia de Dios dentro de nosotros. Pero no existe la misma claridad respecto a otras presencias: ¿qué *condiciones* deben darse para que Dios se manifieste plenamente a través del ministerio de la autoridad de la Iglesia? ¿cuáles para que se produzcan los efectos típicos de la presencia de Cristo en la comunidad?

Hablamos también de *efectos*. Es lógico que el paso de Dios produzca frutos característicos. A Dios no podemos experimentarlo en sí mismo, sino a través de sus manifestaciones, de los efectos que produce su presencia. Los "frutos" del Espíritu son: "caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gal 5, 22).

Estos son frutos comunes a toda presencia de Dios. Pero, ¿*existen efectos "típicos"* de cada una de esas presencias? Es importante determinarlos porque eso querría decir que en la medida en que no se realicen, explíciten o desarrollen algunas de esas presencias, son gracias y riquezas que pierden los cristianos y a través de ellos la humanidad.

4. *¿Todas Finalizadas a la Unidad?*

Dado que el designio último de Cristo sobre la humanidad es llevarla a la comunión de amor según el modelo de la Trinidad (Puebla 211 sgtes.), ¿podría decirse que *todas* las presencias de Dios están *finalizadas* a la unidad?

Es otro campo que se abre a la profundización. Por ejemplo ello es evidente en la Eucaristía ("somos un solo cuerpo porque comemos un mismo pan" (1 Cor 10, 17). Puebla lo afirma repetidamente no sólo para todos los cristianos, que fueron "enviados para ser germen segurísimo de unidad" (1301), sino muy especialmente para el Ministerio Jerárquico en

general, que es el "principal responsable de la edificación de la Iglesia en la comunión" (659). El Obispo "es, en cada Iglesia Particular, principio y fundamento de su unidad" (645), tiene el carisma de ser "signo de unidad" (707). En él su "triple e inseparable función (maestro-sacerdote-pastor) está al servicio de la unidad" (686). "El Obispo es signo y constructor de la unidad. Hace de su autoridad, evangélicamente ejercida, un servicio a la unidad" (688). Por eso los Obispos se comprometen a "promover a toda costa la unidad de la Iglesia" (703).

Y lo mismo debe decirse del presbítero, quien como el Obispo y en comunión con él "sirve a la unidad" (695). El sacerdocio ministerial no es otra cosa que, "por la Palabra y la Eucaristía, servicio de la Unidad de la Comunidad" (661), "signo y factor de unidad y fraternidad" (696).

Así habría que continuar analizando cada una de las presencias. Y no es extraño que cada una de ellas tenga como finalidad última la unidad, desde el momento que ésta es en la Iglesia el "*valor supremo*" (744), su "*vocación suprema*" (1206).

5. *En Función de la Humanidad*

Es una constante en la historia de la salvación que cuando Dios elige a una persona o una comunidad, lo hace para el bien de los demás; toda elección está finalizada a la construcción de la comunidad y a la salvación de la humanidad. L. Gera señala que el designio salvífico de Dios sobre los hombres —y este es el esquema que sigue Puebla— puede sintetizarse: desde y en Cristo, a través de la Iglesia, *para* la humanidad.

Ahora bien: ¿cómo saber qué es lo que Dios quiere concretamente de nosotros y de la humanidad? Precisamente, las presencias de Dios en la Iglesia no sólo son aquellos "lugares" o "puntos de contacto" en los cuales podemos comunicarnos con Jesús para que su vida penetre la nuestra haciéndonos portadores de Dios en el mundo, sino además nos ayudan y orientan para comprender *qué es lo que Dios quiere de nosotros* en las circunstancias concretas de la historia. Así lo sintetiza K. Hemmerle:

a) Quien comulga, quien adora al Señor en la Eucaristía, comprenderá, por la presencia silenciosa de Su donación, la medida y la fuerza de Su amor que debemos actuar y vivir junto con El.

b) Quien vive la Palabra de Jesús, palabra por palabra y momento por momento, encontrará la luz para su camino.

c) Quien ve en el ministerio eclesial no sólo una instancia necesaria para la organización, sino más allá de la persona mandada por el Señor, ve al Señor mismo, podrá descubrir la Voluntad de Dios con aquella certeza que poseían los santos, los cuales vivían su llamado personal en el modo más profundo, allí mismo donde se perdían del todo a sí mismos confiando plenamente en la guía de la Iglesia.

e) Quien escucha dentro de sí mismo, no sus propios caprichos y tocado y llamado por El mismo, y sentirá qué es lo que la Voluntad de Dios una y única, es decir el Amor, le pide en aquel momento.

e) Quien escuchadentro de sí mismo, no sus propios caprichos y sus propias ideas, sino aquella voz que nos conduce más allá de nosotros

mismos y nos invita al diálogo de fe y amor, se sensibilizará hasta en las mínimas cosas a la guía y a las disposiciones de Dios.

f) Y quien asume todo esto en una vida de continua comunión con aquellos prójimos que tratan de tener Jesús en medio con él, descubrirá una luz que le revela a él mismo, a la comunidad y a muchos otros, el designio de Dios.

6. La "Presencia Desconocida"

Por supuesto cada una de las presencias de Dios se basa en enseñanzas concretas y explícitas de la Escritura. Pueden verse algunos textos fundamentales: *Cristo en el prójimo*: Mt 25, 31-46; Mt 18, 5 y par.; I Jn 4, 20; Hech 9, 4. *En la persona de quienes creen y aman*: Jn 14, 21-23; I Cor 3, 16; II Cor 6, 16; I Cor 6, 19; Rom 8, 11; I Jn 4, 12. *En la comunidad*: Mt 1, 23; Mt 18, 20; I Cor 14, 25; Mt 28, 20; Apoc 21, 3. *En los Obispos*: Mt 10, 40; Jn 13, 20; Lc 10, 16; Mt 28, 18-20. *En la Palabra*: Jn 17, 8a; II Tim 2, 16-17; Hebr 4, 12; Jn 1, 1. *En la Eucaristía*: Mt 26, 26; Lc 22, 19; I Cor 11, 23-27. Pero como organismo viviente e inteligente, la Iglesia va tomando siempre mayor autoconciencia de sí misma. Así como nosotros somos un misterio para nosotros mismos, y vamos conociéndonos, comprendiéndonos siempre más a medida que nos confrontamos con la vida y la experiencia de los demás hombres, así sucede también a la Iglesia; capta más explícitamente su riqueza, explicita sus características y posibilidades, haciendo su experiencia propia y bajo el impulso y la presión de las circunstancias históricas. Por eso es perfectamente lógico que la conciencia y la experiencia de cada una de estas presencias tenga su propia historia y proceso dentro de la Iglesia.

Se podría hacer un análisis del nivel de respuesta que cada presencia despierta hoy en la fe y la vida de los creyentes. Tendría que ser un análisis sumamente diferenciado, ya que depende no sólo de la experiencia personal, sino también de las características de la comunidad o corriente de espiritualidad a la cual se encuentran integrados, la corriente teológica con que se identifican, las distintas áreas geográficas (aspectos que se encuentran pacíficamente poseídos en algunos países, pueden encontrarse en crisis en otros), etc.

Pero hay una de esas presencias que nunca ha tenido un relieve especial en la Iglesia, y aún hoy se encuentra casi universalmente ignorada, no tanto en su existencia cuanto en lo referente a las condiciones que exige y los efectos que produce: se trata de la presencia de Cristo en la comunidad. Esto merecería todo un trabajo aparte. Pero nos limitamos también aquí a breves apuntes.

Así como Cristo supera el abismo metafísico que nos separa de Dios, constituyéndose en el "rostro" cercano de Dios, también las distintas presencias de Cristo en la Iglesia nos ayudan a superar el "horrible abismo de la historia" que nos separa de la existencia física e histórica de Cristo, nos ayudan a encontrarnos más fácilmente con aquel "Jesucristo a quien Uds. aman sin haberle visto; en quien creen aunque por ahora no lo ven" (Ped 1,8). Nos ayudan a hacer más llevadera la parte necesaria de sufrimiento que implica la fe, mostrándonos —contrariamente a las apariencias— que Dios "no está lejos de cada uno de nosotros" (Hech 17, 27).

Si esto vale para todas las presencias de Dios, en lo que se refiere a la presencia en la comunidad se podrían aplicar con bastante exactitud aquellas palabras del Evangelio de Juan (1,26): "en medio de ustedes, hay uno ignorado por ustedes". Se cita con bastante frecuencia la frase de la Liturgia "donde hay caridad y amor allí está Dios". Pero no se apunta a experimentar su presencia, no se habla de la ascética necesaria para experimentarla, no se aprovechan todas las posibilidades que ofrece esa presencia para la vida concreta de los cristianos.

Si alguien tiene una dificultad, fácilmente el sacerdote o la persona que lo aconseje le indicará de acercarse mayormente a la Eucaristía, de rezar más, de escuchar el consejo de hermanos experimentados, de seguir las indicaciones de sus superiores... Pero se encontrarán pocas personas que lo orienten a acercarse a una comunidad donde se viva permanentemente buscando la presencia de Cristo en medio de la comunidad. Es que al mismo tiempo son muy pocas las comunidades que saben qué es lo que esto significa concretamente, que sepan "aprovechar" conscientemente de los efectos de esa presencia.

Si en la historia de la Iglesia se dice de Santo Tomás que "metía su cabeza en el sagrario" para recibir la luz y la sabiduría que viene de Dios; si se dice de S. Eymard que "cocinaba sus sermones en el horno de la Eucaristía" meditándolos y preparándolos frente al sagrario, y allí tomaba aquella potencia de Espíritu Santo que luego transformaba a sus oyentes; si la Eucaristía ha hecho tanto en la historia de la Iglesia para dar fortaleza a los cristianos, para transformar profundamente sus vidas —y lo mismo podría decirse de *cada una* de las presencias de Cristo— ¿cómo no habría Jesús en medio de producir otro tanto si es una presencia "normal" y real como las otras? Por eso se habla de la comunión como "nueva facultad cognoscitiva", de la paz, de la "fiesta perenne", la heroicidad, la pureza, las vocaciones, y los frutos espirituales y materiales de todo tipo que esa presencia produce, cuando se sabe poner las "condiciones" adecuadas para que se manifieste.

Al respecto, actualmente hay dos posiciones: una que afirma que *para que se dé* la presencia de Cristo en la comunidad debe necesariamente darse la caridad recíproca entre sus miembros; no sería una presencia como la eucarística que se da "ex opere operato": la presencia de Jesús en medio depende totalmente de *la actuación* de aquellos que se reúnen en su nombre. La otra posición tiene un matiz diverso: dice que así como la presencia eucarística se da objetivamente, pero produce su efecto sólo según la fe y la vida cristiana de quien la recibe, también la presencia de Cristo se daría siempre que dos personas están "reunidas en su nombre", pero *le permiten manifestarse* sólo en la medida en que viven según su voluntad, especialmente aquella voluntad suya por antonomasia que es el amor recíproco. En el fondo una y otra posición no están lejos porque coinciden en las consecuencias prácticas: los efectos de esta presencia se dan *en la medida de la comunión* entre las personas.

Frecuentemente en la teología se ha creído ver en esta presencia sólo una presencia ligada al culto, debido a que el versículo anterior Mt 18, 19) dice: "Aún más: les digo en verdad que si dos de ustedes convendrán

sobre la tierra en pedir cualquier cosa, se los otorgará mi Padre, que está en los cielos". Hay que decir que de esta manera se ha visto sólo un aspecto: el *efecto* de esa presencia (el poder de la oración), pero no su *condición* de actualización (la caridad). Más aún: el hecho de que Jesús hable de ese efecto característico no es excluyente o necesariamente restrictivo, no niega que puedan darse otros efectos. Ciertamente ése se da, pero no excluye que se den también otros. Como por el hecho de que San Pablo hable de la comunión en "un solo cuerpo" que produce la Eucaristía no quita que pueda producir también otros efectos. Dicho aún de otra manera: si se ora en comunión, la oración adquiere mayor eficacia. Esa eficacia *se debe* a la presencia de Cristo entre quienes se reúnen en su nombre. Pero esto *no significa que sólo esté presente cuando oramos*, ni que la mayor eficacia en la oración sea el *único* efecto de la presencia de Cristo en la comunidad.

¿Por qué precisamente en esta época se está descubriendo más hondamente la eficacia de la presencia de Cristo "donde dos o más"? Seguramente porque es la respuesta más adecuada a los formidables desafíos históricos que tendrán que afrontar siempre más claramente los cristianos, y ante los cuales sin duda el testimonio, siempre válido, de una santidad individual, ya no basta. Los ateos de hoy suelen no negar los valores de un santo auténtico, pero necesitan el testimonio de una *sociedad* transformada por el Evangelio. "Esta es la hora, no tanto de un santo, sino de El entre nosotros, de El viviente en nosotros" (C. Lubich).

Entre otras cosas esta presencia podrá constituir una respuesta decisiva al problema de la secularización y el ateísmo, tan relacionados entre sí ("el ateísmo, consecuencia lógica de la tendencia secularista", Puebla n. 436): "No existe otra prueba más fuerte que la presencia de una persona o cosa, para demostrar su existencia. La prueba más fuerte de la resurrección de Cristo fue su presencia, después de la muerte, en medio de los apóstoles y discípulos. Entre las varias pruebas de la existencia de Dios —antiguas y nuevas— creo que la más fuerte es la de su presencia en la Iglesia, asegurada por El mismo: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18, 20). Presencia que se puede experimentar poniendo en práctica la palabra de Jesús. Si Cristo está presente y se experimenta esa presencia, quiere decir que ha resucitado y que toda la fe hay que aceptarla sin mutilaciones de la Revelación. Diría: probar para creer, o bien, mejor creer para probar. Dichosos aquéllos que creen sin ver... dice el Evangelio. Dichosos porque su fe encontrará respuesta plena en Cristo, en su presencia" (M. Brini).

Después de todo es "la" respuesta —junto a una exposición más adecuada de la doctrina— que ya el Concilio Vaticano II había llamado en causa para el ateísmo y la exigencia de Dios de tantos de nuestros contemporáneos. Este texto podría constituir algo así como la "carta magna" de quienes advierten la necesidad de descubrir, valorizar, experimentar, profundizar *todas* las presencias por las cuales Dios se manifiesta entre nosotros, especialmente a través de la unidad:

“El remedio del ateísmo hay que buscarlo en la exposición adecuada de la doctrina y en la integridad de vida de la Iglesia y sus miembros.

A la Iglesia toca *hacer presentes y como visibles* a Dios Padre y a su Hijo encarnado con la continua renovación y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo.

(...) Mucho contribuye a esta *manifestación de la presencia de Dios* el amor fraterno de los fieles, que con espíritu unánime colaboran en la fe del Evangelio y se alzan como signo de unidad” (*Gaudium et Spes*, n. 21).